

14 DE MAYO DE 1890



CUENTO EXTRAVAGANTE

## CAPITULO I

EN QUE DE BUENAS Á PRIMERAS SE PRESENTA EL PROTAGONISTA



R. D. EPIFANIO M.<sup>a</sup> REVUELTA.—Farmacéutico.—*Sevilla.*—Mi querido Epifanio: Una satisfacción y un disgusto acabo de recibir al mismo tiempo que tu carta. La satisfacción de ver que aún quedan amigos de veras que te buscan á uno aunque se oculte bajo siete estados de tierra, y el disgusto de que hayan resultado fallidos mis propósitos de alejarme del mundo. ¿Cómo diablos has podido saber que yo estaba en Villapomar, á cien leguas de Sevilla, perdido en estas llanuras silenciosas de Campos y habitándolo, con nombre supuesto, en una casaca de adobe?

No es que vaya por ello á recriminarte, pues supongo que te habrás guiado en tus pesquisas el interés que mi suerte te inspira, y no la curiosidad de ver cómo y de qué talante he tomado mi desgracia. Pero cuando tú lo sabes no serás solo, que esa sería para mí demasiada ganga, y ya me figuro que á estas horas me estarán poniendo en la calle de las Serpes como no hay para qué decir.

Al cabo, si me creyeran muerto, que era lo que yo iba buscando con mi desaparición repentina, las burlas se habrían estrellado ante la idea de que no podían hacerme daño; pero averiguado que estoy vivo, se verán y se desearán para prescindir de desollarme, según santa costumbre.

En fin, puesto que no hay otro remedio, y me pides datos y explicaciones, allá van unos y otras; que, si hemos de hablar con franqueza, ya me estaba á mí repudiando la sangre el olvido de mi personalidad, el silencio que me rodea y el forzoso secreto de mis cuitas y planes.

Salió de Sevilla por lo que sabes. Mi mujer, Dios la perdone, era una jovencita guapa como la que más, y formal como la que menos.

Yo me di demasiado á los libros, ella se dio demasiado al patio y á la reja, y una noche se me escapó de casa no sé con quién, ni me importa, pero de seguro fué con uno que valía menos que yo, porque eso es lo que pasa, para mayor ignominia.

Yo la tenía cariño, ¿á qué negarlo? pero creí que no por eso debía prescindir de mis estudios, de mi carrera y de mis ilusiones científicas. Me equivoqué, amigo Epifanio; me equivoqué de medio á medio, y como castigo de la equivocación, fué la indecencia y me puso en berlina.

No es que yo me creyera deshonrado con jugarreta semejante, ni que sintiera odio hacia el picarón que se divertía con una mujer casada, por el gasto de contarlo en la tienda de montañés. Al contrario; seguro estoy de que ahora se está dando á los mengues por la calaverada. Pero yo era demasiado conocido ahí para que no me diera vergüenza salir á la calle á que hicieran retrucanillos á mi costa, y empaqueté mis libros, tomé el portante y no paré hasta Villapomar.

El cual pueblecito, donde, á pesar del nombre, no hay una manzana ni un árbol para un remedio, viene á mis deseos que ni pintado. Sobre setenta casas tiene, y no se sabe cuál es la peor. El campo es árido, polvoriento, casi amarillo y sin una gota de agua. En fin, una delicia. Pero á mí qué me importa? Si me dedicara á escribir coplas á la madre naturaleza, necesitaría florestas umbrías, pajarcitos parleros y arroyuelos manzanadoces. Pero enfascado en gravísimos problemas fisiológicos y químicos, de cuya resolución depende mi fama (no la que se llevó aquella bribonaza, sino la otra), para qué necesito otra cosa que el páramo desierto?

Porque has de saber, amigo Revuelta, que aquí, en estas soledades, estoy preparando una revolución de la cual, si salgo triunfante, se deduce la inmediata destrucción de los principios médicos y farmacológicos que tanto por cosa probada, y has de verte obligado á estudiar de nuevo si quieres seguir usufructuando esa plaza que tan pingües resultados te produce.

Como eres incapaz de adelantarte á mi dato, no tengo inconveniente en revelar los fundamentos de mi proyecto, que de seguro te dejará asombrado.

Porque, digan lo que quieran los que hablan incesantemente del progreso moderno, de las grandes conquistas de la civilización, de los adelantos de la ciencia, de las mil y una maravillas que nos han elevado cien codos sobre el nivel intelectual de las generaciones anteriores, el movimiento científico está en pañales... ¡ni más ni menos que en pañales!

Depende esto seguramente de que hemos creído descubrir el verdadero rumbo sin perarnos á mirar detenidamente si nos habíamos equivocado.



Siglos enteros han pasado los filósofos fijando el concepto del ser, y á estas horas estamos peor que el primer día, puesto que después de adoptar ó desechar centenares de sistemas, una indiferencia dulcísima adormece las almas, y los hombres han decidido tener cada uno su filosofía particular, sin importarle poco ni mucho la de los demás... ni la suya propia. Y así estamos casi todos. Sólo unos cuantos infelices se entretienen todavía en inventar palabras raras, gongorinas ó machamartillo, para darse el gusto de no poder comunicar las ideas á sus semejantes.

En ciencias físicas (eso sí se ha adelantado mucho). Se conocen al dedillo una porción de fenómenos del calor, de la luz, de la electricidad... y después de convenir bucnamente en que todo se vuelve vibraciones, ó como diríamos en castellano, en que todo es música, nos hemos aplicado valientemente á sacar de tan profundos conocimientos todo el partido posible.

¡Ahí tenemos el telégrafo, el teléfono y las lámparas de arco voltaico que da gusto verlas. ¿Y qué es todo eso? La electricidad. ¿Y qué es la electricidad? Un fluido, vibraciones... ¡vaya usted á saber!

La ciencia anda en una oscuridad misteriosa que nos la hace doblemente apetecible. Es decir, despreciamos por las utilidades del momento las ideas y duraderas que nos reportaría el conocimiento exacto de las causas.

Y si al fin y al cabo este abandono se concretara á las artes y ciencias que contribuyen más ó menos al bienestar social, ¡anda con Dios! Pero lo malo es que la medicina, de cuyos errores ó aciertos depende nada menos que la vida, es la más atrasada, la más empírica de todas las ciencias. Tal cosa que hoy es un específico, mañana es una barbaridad... y que salienta los muertos.

Con la simplificación de medicamentos, la aplicación de la higiene, de la hidroterapia, (hasta del hipnotismo) para la curación de las enfermedades, y el descubrimiento del microscopio y de los reactivos para el estudio de la fisiología, ya parece que se ha hecho todo. ¿Y qué se ha hecho?

Averiguar que el organismo se compone de células, que la nutrición se verifica por medio de glóbulos y que las sensaciones se transmiten por el fluido nervioso. ¡Valiente puñado son tres moscas! ¿Qué son las células, los nervios y los glóbulos?... Siempre vendremos á parar, sin poner la mano en el fuego, en que constan de oxígeno, hidrógeno, carbono y éter. ¿Y eso qué es? De ahí no pasamos. ¿Lo ves, Epifanio? Estamos completamente en el limbo.

Para no caminar á ciegas en asunto tan importante, lo lógico hubiera sido empezar por el principio. Los antiguos, y perdóneme su ausencia, eran unos grandísimos majaderos. Y los modernos cometen una imprudencia temeraria al no separarse de la rutina.

En vez de fijarse en los síntomas, en lo que salta á la vista, han debido estudiar detenidamente y de veras la anatomía y la fisiología, conocer el *quid* de la formación de tejidos y la estructura del sistema nervioso. Lo demás es gana de perder el tiempo. ¿Tendría que ver, por ejemplo, que la tuberculosis pulmonar tuviese su verdadera génesis en una alteración de las puntas de los dedos y consistiera el remedio más eficaz en cortarlas á tiempo las uñas? ¿Qué responsabilidad tan grande para los doctores de todos los tiempos!

Yo, libro de mi mujer, gracias á Dios y á ese granuja desconocido, he podido dedicarme con toda libertad á pruebas, experimentos, cálculos, y creo haber encontrado algo positivo. Por modestia no te digo que lo sé todo.

En otra carta, porque ésta va resultando inaguantable, te haré algunas indicaciones para que comprendas la magnitud de la empresa en que voy á meterme.

Para terminar, te advierto que con estas cosas y otras puedo jurarte por estas cruces que se me ha olvidado cómo se llamaba mi mujer. De donde se deduce que me importa un rábano todo lo que podrás murmurar en la rebolista.

Tuyo,  
BASILIO.

## CAPITULO II

DE CÓMO SE LE VUELVEN Á UNO LOS SÉSOS AGUA



¡Querido Revuelta! No es sólo por satisfacer tu curiosidad por lo que voy á descubrirte mi secreto, sino también porque la experiencia que voy á hacer es arriesgada, y si menor desdicha, la más pequeña equivocación en mis cálculos podría costarme la vida, y sería una lástima que la humanidad perdiera el fruto de mis trabajos. Tal vez ellos sean la base de grandísimas é importantes transformaciones.

No sé cómo explicarme para no ser pesado y que me entiendas. Prescindiré de los detalles menudos, que aumentarán la aridez de mi relación, y voy á despachar pronto y á tu sola manera,



porque todo está preparado para la prueba decisiva y los minutos se me hacen siglos.

Quedábamos en que la medicina, que ha sido mi única pasión, está atrasada y equivocada tal vez en todos sus pretendidos axiomas por haber ahondado poco. Yo he empezado el estudio de la fisiología humana por el principio, por el óvulo; y no lo he tomado desde más atrás, porque más atrás no creo que haya nada. Si logro comprender, me dije, el complicado mecanismo de la generación, la misteriosa elaboración de los tejidos, la ley que preside a la continua aglomeración de células y a los distintos fenómenos físicos y químicos que intervienen en el desarrollo del ser, habré descubierto, allá en las oscuras profundidades del seno materno, la fundición maravillosa de la máquina humana. ¿Qué trabajo puede costarme luego arreglar y componer los desperfectos que, en el constante ejercicio de la vida, pueden sufrir todos sus tornillos y engranajes?

Supongamos que, de pronto, se para el reloj de la rebueta. Es inútil que tú, misero farmacéutico que no sabes lo que es un reloj y sólo tienes de su mecanismo una vaga idea, procures arreglarlo. Golpazo por aquí, copio por allá, sólo conseguirás echarlo a perder por completo. ¿Casualidad grande sería que atinaras con el remedio? Pero avisa al relojero, al más torpe de todos a la primera ojeada verá que esta ruedecilla está oxidada, ó que aquella tuerca está floja, y en un santiamén te lo dejará compuesto. ¿Por qué? Porque ha visto cómo se hacen los relojes, en qué sitio se coloca cada rueda dentada y cada tornillo al parecer insignificante, y sabe con seguridad lo que hay que hacer para que el chirimbolo vuelva a ejercer sin tropiezo su oficio de contar las horas. ¿Me has comprendido?

Pues si queremos hacer una proporción matemática y llamamos *a* al relojero, *b* á ti, *c* á mí y *x* á los demás médicos, resultará lo siguiente:

$$a : b :: c : x$$

—Ahora me parece que está todo más claro que el agua!

No hay para qué enumerar las vigiliat, los disgustos, los experimentos de distintas clases en que he gastado toda la energía de mi espíritu y todas las fuerzas de mi juventud hasta poder fijar con exactitud matemática las reglas á que se sujeta la superposición y mezcla de las sustancias que van imprimiendo sucesivas modificaciones en el organismo animal.

¿Qué es el protoplasma? Nadie lo sabe. Yo sí.

Como todos los problemas que han costado siglos de trabajo, éste no puede ser de más sencilla resolución.

El protoplasma no es más que una colección de células de fibrina! ¿De fibrina pura! Esta fibrina se forma en las vesículas del ovario con los elementos que á ellas conduce el líquido sanguíneo. Cuando una vesícula, ya repleta, se rompe, la célula protoplasmática queda en el ovario. Eso es el óvulo. Allí primero y en sitio más desahogado después, esta primera materia va recibiendo, con admirable precisión y en determinados periodos de tiempo, cantidades fijas de oxígeno, carbono, gelatina, hierro, carbonatos de cal y de sosa, sulfatos de sosa y de cal, nitrógeno, hidrógeno, bromuros, cloruros y yóduros....

Entiende bien que estas proporciones y mezclas obedecen á reglas fijas, invariables, exactas en la medida de lugar y tiempo, iguales para todo lo creado.

La naturaleza tiende á la sencillez, se ha dicho. Ya lo creo que tiende, como que no hay más que una ley, una sola, á la cual obedecen y obedecerán eternamente todas las partículas de la materia, lo mismo las que constituyen mundos que las que forman el último parásito vegetal microscópico! No cabe más simplificación. Las que varían hasta el infinito son las circunstancias en que se agrupan esas moléculas para formar cada cuerpo.

Así una célula plasmática, desarrollándose en el ovario de una mujer, puede producir un magistrado, y evolucionando sola y libre en el fondo del mar, no produce más que una sardina. Son habas contadas y pura química elemental. ¿En qué se diferencia el carbono que se desprende de una rosa del que expulsamos de los pulmones y del que, limpio y puro, brilla tallado en facetas en las diálemas imperiales? En que ha evolucionado bajo distintas influencias.

Concretémosnos, pues, al hombre, que es lo que nos importa.

De la misma manera que se verifica la asimilación de sustancias para el desarrollo del feto, se verifica también en el niño y después en el hombre hecho y derecho, hasta que, interrumpida la labor por una circunstancia cualquiera ó por el desgaste de aquellos órganos trabajosamente formados para que funcionen sin cesar, varían de pronto las condiciones en que iba y venía la materia, y todos aquellos átomos que formaban el cuerpo humano se disgregan súbitamente. Estos van á formar parte de la savia que alimenta una acacia, aquellos se suman á los de un pedraco cualquiera, los de más allá se engranan y aprietan entre los que constituyen la perilla de una cabra.... Esto lo saben hasta los niños malabares, como decía el P. Feijóo.

De lo que no están enterados los niños malabares es de que ese trabajo constante de aglomeración regular puede suspenderse, cambiarse y hasta deshacerse de un modo artificial. Sin embargo, nada más sencillo, ¿Es acaso obra de romanos extraer del agua el oxígeno y dejar el hidrógeno en libertad? Si se quiere, ¡no se puede también hacer desaparecer el hidrógeno y transformar, por consiguiente, el agua en otros cuerpos completamente distintos!

Pues tampoco lo es extraer, separar del cuerpo humano las sustancias asimiladas á él durante un determinado período de tiempo, y dejarle tal y como estaba al empezar ese período.

Si yo he podido calcular matemáticamente (y sí he podido) las cantidades de carbonato de cal que se han adherido á un fémur, por ejemplo, en el espacio de dos años, en me será muy difícil aplicar los reactivos convenientes para que la cal y el ácido carbonónico se vayan cada uno por su lado y quede el susodicho fémur con dos años menos de los que tiene.

Más claro todavía, aunque parezca más complicado á primera vista:

Si yo, que tengo actualmente cincuenta y seis años, día más, día menos, me he asimilado al año ochocientos gramos de albúmina y he gastado en la combustión orgánica setecientos noventa y ocho, me he quedado con dos gramos anuales y tengo ahora ciento doce gramos, que son los que han producido mi gradual desarrollo. Si por medio de un ácido disuelvo ciento cuatro gramos de los ciento doce, resultará que me quedo con la albúmina que tenía á los cuatro años. Y si hago la misma operación con todas las sustancias que se han reunido paulatinamente para formar mi cuer-

po, todo yo, entero y verdadero, me transformaré de pronto, quitándome, con la sola ayuda de los reactivos, cincuenta y dos años de encima.

Ése es el fruto de mis prolongados estudios, de mis múltiples experimentos y de la resolución laboriosa de millares de problemas matemáticos! La inmortalidad! Pero no esa inmortalidad soñada por las almas pequeñas, no el cuerpo avellanado y enjuto, la inteligencia oscura, la vida perezosa! No, ¡la mía representa la juventud eterna, aprovechando todos sus grados, el cerebro más despejado cada vez y almacenado en él la experiencia de infinitas generaciones!



Ayer cogí el gato de mi ama de llaves, animalito de respetable ancianidad, que no hacía más que dormir sobre la caja del brasero, le zambullí en un baño preparado así con los ingredientes necesarios, y cuando le saqué á las dos horas, ágil y esbelta, empezó á jugar alegremente con los cordones de mi bata. ¡Tenía mes y medio!

He mezclado, pues, en una gran artesa todos los reactivos que han de disolver las distintas sustancias

que sobre mí ha aglomerado el tiempo, y voy á bañarme con todo el entusiasmo de un hombre que cree en la omnipotencia de la química y en la infalibilidad de las matemáticas.

Entro hecho un señor mayor de edad, y saldré convertido en un chiquillo de cuatro años, sonrosado y fresco....

Pienso ahora que acaso no pueda escribirte, porque á esa edad todavía no sabía yo coger la pluma.

Pero ¡sí! si te escribiré. La escritura es cosa de la inteligencia, y la inteligencia no se disuelve en el ácido nítrico.

Adiós. Empiezo á desnudarme.



BASILIO.

### CAPITULO III

#### Á LO QUE PUEDE CONDUCIR LA MÁS PEQUEÑA EQUIVOCACIÓN EN LAS OPERACIONES ALGEBRAICAS



E pasó lo siguiente:

Arrojé á un rincón del cuarto aquellas vestiduras que iba á sustituir por la blusilla y el calzón corto, eché una rápida ojeada al espejo de cuerpo entero para despedirme de mi piel vieja y curda, y me metí en la artesa, teniendo especial cuidado de que el líquido, con tantas fatigas preparado, me cubriera completamente.

Al poco rato empecé á sentir una inexplicable laxitud, un sopor invencible que atribuyo á las partículas del alcohol que formaban casi la mitad de la mezcla, y que se llan introduciendo á escape por los poros.

Acabé por quedarme dormido.

.....

Cuando desperté, debía de haber pasado mucho tiempo; años sin duda, puesto que el líquido se había evaporado, y quedábamos en el fondo de la artesa montones de sustancias orgánicas, enormes trozos de sales.... y yo. Lo primero que me llamó la atención fué el desmesurado tamaño de aquellos detritus, y luego la grandísima altura de las paredes del baño. El cuarto había aumentado también en proporciones, de tal manera que apenas alcanzaba á ver el techo. ¿Qué había ocurrido allí, Dios mío?

Empecé á trepar con gran trabajo, agarrándome á los poros de la madera, antes casi invisibles y ahora grandes y profundos, y después de inauditos esfuerzos logré llegar al borde. Al estirar el brazo derecho para dar el último avance, me le vi negro como el carbón y con una porción de articulaciones nuevas y extrañas. El corazón empezó á latirme con violencia. Tendí la vista en derredor, y lo primero que encontré fueron mis zapatos. ¿Pero qué zapatos! Habían crecido de tal modo que en aquel momento no eran menores que los buques trasatlánticos.... Miré ansiosamente al espejo. ¡Nada! No me veía en ninguna parte. Allí estaba la artesa, la enorme artesa de donde acababa de salir, pero mi imagen no se reproducía.

Procuré calmarme y examinar atentamente el borde en que estaba. Limpió de polvo y paja completamente. No había en él más que una hormiga agitando las antenas....

Una idea terrible cruzó por mi imaginación entonces. ¿Sería yo aquella hormiga? Para comprobarlo di algunos pasos hacia la derecha, luego hacia





la izquierda, levanté un brazo, después el otro la hormiga del espejo hacia lo que á mí me daba la gana. No había dado, ¡ja Providencia había castigado mi orgullo, como Júpiter castigaba á los mortales que le faltaban al respeto!

Afortunadamente la inteligencia, que no había podido desaparecer puesto que el alma no se había separado del cuerpo durante la transformación, se conservaba condensada bajo aquel cráneo diminuto y endebles. Puede, pues, conjeturar lo ocurrido.

Recordé entonces que un día la visita del veterinario de Villapomar me había impedido rectificar uno de los cálculos más importantes que después, distraído, repetí por bueno y concluido.

¡Si! La *x*, aquella *x* que representaba el ácido clorhídrico, me había sido infiel, y como aquella cantidad debía servir de base para las operaciones sucesivas, resultó que hice entrar á formar la mezcla dos gramos más de cada ingrediente.

Por lo cual, en vez de continuar la desasimilación cuando era preciso, se retrasó un momento más y retrocedí, no á los cuatro años de edad, como era mi deseo, sino al estado de óvulo.

Este óvulo claro y fino no podía desarrollarse en las condiciones necesarias, y permaneció á flote hasta que los líquidos se evaporaron por la acción del tiempo. Entonces quedó aislado y libre en el fondo de la artesa, y la evolución se verificó naturalmente; pero como las circunstancias exteriores eran las mismas de un hormiguero, de aquel huevo tenía que salir forzadamente una hormiga.

Y allí estaba la hormiga.

Confieso que estas reflexiones me consolaron grandemente. El veterinario sería un importuno, yo era un atolondrado, y caro lo pagaba... ¡pero la ciencia seguía siendo infalible!

De repente un moscardón enorme, de esos que aseguran desgracias á las cocineras pusilánimes, vino zumbando á posarse tranquilamente á poca distancia. A la vista de aquel bicho, que en otra ocasión me hubiera dado asco y entonces me parecía manjar de los dioses, sentí un hambre devoradora. Cegóme la imperiosa voz del instinto, y acercándome cautelosamente al que había escogido para víctima, me agarré súbitamente á una de sus patas.

Herido el insecto, lanzó un quejido y echó á volar como un loco. Cuando me vi suspendido en el aire, á tan gran altura, olvidé mi apetito para no pensar más que en no caerme. ¡Inocente! ¡La experiencia no me había enseñado aún que la resistencia que el aire oponería á mi ligerísimo cuerpo había de evitar el choque brusco y podía llegar á la tierra sin hacerme daño!

El caso es que yo seguí apretando, no ya para mortificar al moscardón, sino por huir del peligro.

Así, él refunfuñando y yo asido á la pata cada vez con más fuerza, salimos de la habitación, nos remontamos sobre las casas de Villapomar y volamos vertiginosamente hacia el campo.

Yo veía cruzar por allá abajo animales gigantes, inmensos bosques, rocas grandísimas... Por fin, después de pasar por encima de un río inmenso, el bicharraco descendió á la tierra. Protó desesperadamente la pata contra los pedrascos, yo no tuve más remedio que soltar atontado por los golpes, y él continuó volando y se perdió de vista.

Calculando el terreno recorrido, pude darme cuenta exacta del sitio en que yacía abandonado. Era una tierra de labor, propiedad del alcalde, que le destinaba al cultivo del trigo, y que aquel año la había dejado de herbecho. Rodeábase por todas partes una gran acequia, de más de dos metros de anchura, que no hubiera podido vadear... Y cómo, si en mi nueva encarnación no alcanzaba á ver la otra orilla?

Asaltáronme los más negros pensamientos, y cuando me disponía á tomar un derrotero cualquiera en busca de la alimentación necesaria, ví que se dirigían hacia mí multitud de hormigas que, sin duda, habían presenciado desde lejos la aventura del moscardón.

No entraron ganas de huir; pero me venció la curiosidad y esperé á patas quietas. Mis nuevos hermanos me rodearon en seguida, y uno de ellos me preguntó con amabilidad:

—¿De dónde eres?

Renuncio á pintar mi semblante. ¡Cómo había yo de sospechar que hablaban las hormigas! V, sin embargo, nada más cierto. Lo que hay es que, naturalmente, el sonido que emiten guarda relación con su tamaño, y no hace vibrar la membrana timpánica de los animales mayores. ¡Oír á los hombres, por mucho que gritasen, un ser cien mil veces más grande que ellos!

Esta consideración me satisfizo. Pero cómo yo entendía su idioma! No he podido explicármelo todavía. Aunque sospecho que sería por la misma razón que me permitía comprender lo que querían decir los millares de españoles que no hablaban ni escribían en castellano.

El caso es que contesté á mi interlocutor:

—¿Qué de dónde soy? De Naval Moral de la Mata.

Los del corro se miraron sorprendidos. El que llevaba la voz cantante continuó:

—Sentiría que te burlases, porque tendríamos que matarte á picotazos.

—No me burlo, ¡carambal! Soy de Naval Moral de la Mata. He sido médico en Sevilla, y ahora, aunque me veis así, no soy una hormiga como vosotros.

Aquí algunos no pudieron contenerse y soltaron la carcajada.

—Parece que no me entendéis—añadió—, acaso porque no tenéis la menor idea de lo que pasa en el mundo; pero puesto que un desgraciado algu-

brón me ha traído á esta situación, yo os sacaré de esas tisiémbas en que os encontráis, y Dios mediante....

No continué, porque no me hacían caso.

Empesaron á mirarme con marcado desconfianza, á murmurar palabras ininteligibles y, lo que es peor, á estrechar el círculo que me rodeaba.

Indudablemente me tomaban por un granuja. Tal vez por un falso apóstol.... ¡qué sé yo!

Al cabo de estos preámbulos poco tranquilizadores, y á pesar de mis protestas, los más vigorosos me sujetaron entre sus tentáculos de hierro y me arrastraron durante mucho tiempo.

Inútiles fueron los ruegos, las amenazas, todo lo que se me escapaba por la boca. Llegamos á la entrada de un hormiguero. Todos los habitantes se agruparon en torno de los que me conducían, abrumándoles á preguntas. Penetré en aquel antro, me encerraron en la covacha destinada á cementario, dejaron á mi alcance el cadáver de un mosquito, taparon la puerta y me abandonaron en paz.

Renuncio á pintar mis sufrimientos morales durante las largas horas del cautiverio. Basta decir que, si lo hiciera, las lamentaciones de Silvio Pellico se quedarían en mantillas.

Al día siguiente me sacaron del calabozo con gran lujo de precauciones, y me condujeron á una amplia cueva, donde había, cómodamente colocadas, centenares de hormigas. Frente á ellas, cinco sujetos reposados y graves me aguardaban para interrogarme.

Iba á celebrarse la vista de mi causa, á juzgar por los preparativos.

El que presidía el tribunal me ordenó que explicara mi presencia allí, las palabras oscuras que motivaron mi prisión, etc., etc.

Yo, que siempre he sido honrado y veraz, relaté mi historia con todos sus pelos y señales, sin omitir nada, ni siquiera la fuga de mi esposa, que otro en mi lugar hubiera pasado por alto.

El público me interrumpió muchas veces con sordos murmullos y con estrepitosas carcajadas; el tribunal continuaba impassible.

Animado con aquel mutismo de los jueces y comprendiendo que de la buena ó mala impresión que en ellos hiciera dependía el éxito de mi causa, no me paré en barras, y tomando el hilo de mi discurso desde la creación nada menos, les expliqué el origen del mundo, el predominio absoluto del hombre sobre todas las cosas, el papel insignificante que las hormigas representábamos en el concierto de la naturaleza, el don supremo de la inteligencia otorgado por Dios á la raza humana, la situación exacta de la tierra de pan llevar en que radicaba el hormiguero, y hasta el dinero que le había costado al alcalde!

Al llegar aquí me impidió continuar el estrépito producido por la muchedumbre.... Se reían, me amenazaban, me insultaban....

—¡En verdad—grité—que soy un estúpido! Me empeño en haceros entender estas cosas, sin fijarme en que tenéis las cabezas demasiado pequeñas para ideas tan grandes!

Por fin se restableció la calma y empezó el desfile de los testigos. Cada uno dijo lo que le dió la gana; pero yo no quise ocuparme en desmentirlos. Habló luego con mucha prosopopeya uno de los individuos del tribunal, y vino á decir, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

—El reo no es criminal; por lo menos no ha cometido un crimen; eso salta á la vista. Acaba de decir una porción de extravagancias que revelan claramente una honda perturbación en sus facultades mentales. Luego está loco. El infeliz ha soñado con otras cosas imposibles.... pero á nadie hace daño con eso. Propongo, pues, á mis compañeros que se le tenga por loco pacífico, y por consiguiente, que se le deje en libertad. Mientras averiguamos su procedencia, procuraremos volverle á la razón por medio del trabajo. Porque indudablemente la holganza ha sido la causa ocasional de que, dejando volar la imaginación, haya llegado al tristísimo extremo de perder la memoria y la noción de su verdadero estado....

Vamos, que todavía tenía yo que quedar agradecido.

Cachichearon un rato los jueces, y á poco alzó la voz el secretario del tribunal y dijo á la multitud:

—Fallamos que este infeliz está loco; que es locura no es dañina y que debe quedar en libertad desde este momento.

## CAPITULO IV

### LOS MISTERIOS DE FORMIO XXVI



La hormiga que presidía el tribunal se adelantó con un grano de arena y lo dejó caer solemnemente sobre mi cabeza, en señal, según luego supe, de que se levantaba la sesión.

En seguida el auditorio abandonó sus puestos y me rodeó con curiosidad. Nadie, sin embargo, me dirigía la palabra, y yo estaba á la sazón más cohibido que si, en mi anterior encarnación, me hubiera presentado en el paseo de las Delicias al día siguiente de la desaparición de mi mujer. Al principio sólo escuchaba en unmo más el confuso cuchicheo de las conversaciones; pero poco á poco los ánimos fueron interesándose y llegaron á mí, clara y distintamente, las frases más interesantes de cada grupo.

—¡Parece mentira que esto se tolere!—exclamaba en un corro iracundo y con ademanes descompuestos, un individuo de caberona brillante.—¡Corre mentira que en el pueblo de los Formios, que ha conservado puras sus creencias religiosas hasta en las desgracias más tremendas, haya un solo juez que no mande matar á picotazos á quien se atreve á sostener la existencia de otros animales superiores á la hormiga, de otro tipo que no es el de las hormigas y de otro mundo más allá de la inmensidad de agua que nos rodea! El pueblo debe protestar de ese fallo injusto y ahogar con ese estúpido el germen de males sin cuento.

Por aquel lado la cosa iba tomando un cariz detestable. Sólo una horrelga vieja, que no tenía los ramos completos, se atrevió á decir:

—¡Pobrecillo, y tiene un cuerpo muy elegante!

—Diga usted, compaña anciana—le pregunté asomado por aquella ex-

clamación cariñosa.—pero que aquí no se respetan las decisiones de los tribunales!

—¡Casi siempre, pero no parecen bien casi nunca.

—Entonces, ¿por qué quiere matarme ese bárbaro?

—¡Cristi! No es bárbaro, es sacerdote.

—A quien se guardará usted muy bien de faltar al respeto—interrumpió con cierta reticencia burlón un tercer personaje que asomó los tentáculos al lado de la vieja, y en el cual reconoció al secretario del tribunal que me había juzgado.—Representa nada menos que al Gran Hormigón (alzando la pata), y una frase injuriosa dirigida á él trae irremisiblemente para él que la presencia los castigos más horribles. Nuestro muy amado monarca Formio XXVI ha encarcelado á sus súbditos la devoción á las personas sagradas, y ¡guay del insolente que contrarie su real voluntad!

—No ha sido mi ánimo ofender al Gran Hormigón (también yo alé la pata) ni desobedecer las órdenes de nuestro amado Formio, de quien hasta ahora no he tenido la más ligera noticia, pero....

—¡No conoce á Formio!—exclamó el secretario mirando á la vieja y dando un golpe en tierra con el tentáculo derecho, movimiento que equivale entre las hormigas á la risa sardónica.—¡No conoce á Formio! Venga, venga el desdichado á dar un paseo conmigo por los alrededores, y será iniciado en nuestra historia, que toda hormiga decente debe tener siempre en la imaginación.

Y eché á andar por pasillos y galerías hacia la boca de la cueva.

Salimos al campo libre, y cuando nos habíamos alejado un buen trecho, se paró de pronto, me examinó detenidamente, y luego, satisfecho sin duda de la impresión, siguió andando y me dijo:

—Mire usted, joven, ahora mismo nos vamos á entender con pocas palabras. Yo soy una hormiga escéptica. Ni creo lo que usted nos ha dicho, ni creo lo que decimos nosotros. A mí de todo eso del hombre, del mundo más grande que éste y de las cien maravillas que usted nos ha contado se me da lo mismo que del Gran Hormigón. Todo ello me importa un ala de mosca. Lo único cierto y positivo es que vivimos y que tenemos qué comer.

—Señor secretario....

—No me diga usted nada. La mayor majadería que puede cometer una hormiga sensata es discutir lo que no le importa. Corriente. Pues como usted ha demostrado que no sabe dónde ha caído y eso le perjudicará en lo porvenir, se lo voy á explicar brevemente para no malgastar el tiempo. El mundo se ha hecho espírita para que lo habitan y puzen las hormigas. Le forma esa inmensa extensión de terreno que puede usted abarcar con la vista. Le rodea el agua por todas partes, y más allá no hay nada absolutamente.

—Estoy seguro de lo contrario.

—Pues no debe usted estarlo de ahora en adelante. Continúe: no tenemos datos para saber á ciencia cierta lo que pasó en los primeros tiempos, pero se sospecha que fué la misma que está pasando ahora. Sólo se ha averiguado que un rey, Formio I, que debió de tener un carácter enérgico y emprendedor, organizó los diez y siete hormigueros que constituyen el mundo, eligió por capital éste en que estamos, y acordó consigo mismo que el mando quedase á perpetuidad vinculado en sus descendientes. En esto obró como un sabio que era. Así se han sucedido veintiséis Formios, contando con el actual, que el Gran Hormigón nos conserve. (Vuelta á alzar la pata.) Todos le debemos obediencia ciega, y en realidad no hay motivo para otra cosa. (Golpe con el tentáculo en señal de risa sardónica.) Ha habido, claro está, algunas guerras entre los distintos hormigueros, porque no faltan nunca hormigas necias que busquen el modo de morir antes de tiempo y planes que las encarren para tocar á más ración, pero ninguna ha tenido verdadera importancia ni se ha alterado la esencia de las cosas. De los pequeños detalles de nuestra administración, organización de trabajos, etc., ya se irá usted enterando poquito á poco.

—Pero, además del rey, ¿quién otras leyes que rigen los deberes y los derechos de cada uno?

—¡Nada de eso! Aquí no hay más ley que la de la necesidad, á la que no puede faltar nadie. El mundo es narcosis. Hay campo sobrado para buscar el alimento. El que no lo busca no come, y....

—Dígame usted, y perdóneme que le interrumpa, ¿puede un humilde vasallo como yo ver al rey para decirle que ya tiene un servidor más....

—Sin inconveniente, y ahora mismo se va usted á salir con la saya.

Volvíamos atrás y pasáramos de nuevo en el hormiguero.

Allí en la pared lateral izquierda del salón, está la puerta de la cámara real, adornada con un chinarro blanco, junto al cual se pasean cuatro hormigas de cabeza grande, con tentáculos como tenazas.

El aparato de la guardia, lo excepcional de mi estado, la importancia del acto solemne que iba á realizar.... todo esto me dió escalofríos. No deja de ser grave para un peltagatos cualquiera presentarse ante el rey, y á mí me remolaban las seis patas á un tiempo. De buena gana hubiera dejado la entrevista para otro día. ¿Qué me diría Formio XXVI? ¿Qué opinión formularía de su nuevo súbdito? ¿Sería clemente ó sanguinario?...

En esto mi acompañante habló con un soldado de aquellos (supongo que serían soldados), y los cuatro de la guardia separaron la china blanca y la puerta quedó libre. ¿Qué momento aquél! Allí hubiera yo querido ver á más de cuatro grupos de la calle de las Serpes! Entramos.

A mí, en mi azoramiento, no se me ocurrió otra forma de demostrar sumisión que poner la cabeza en tierra y levantar cuanto podía la primera pata de la derecha. La postura era de lo más incoherente que puede imaginarse, y como, á todo esto, el otro no hablaba de presentación y el acto de cortesia palaciega llevaba trazas de desastroso al cuerpo, levanté la cabeza.

Allí estaba el muy guasón del secretario golpean-



do á todo golpear el suelo con el tentáculo. Es decir, que se reía á taca tendido. Aquel acto irrespetuoso, en tal sitio y en aquella ocasión, acabó de desconcertarme. Y más todavía cuando, después de una rápida ojeada, me convencí de que estábamos solos. ¡De eso se reía el grandísimo pillo!

—¿Qué es esto?—le dije.—¿Estamos en la antecámara?

—No.

—¿Es ésta la habitación de S. M.?

—Sí.

—¿Dónde está el rey?

—Aquí.

—No le veo.

—Yo tampoco, y ésa es la gracia. Mire usted, ya basta de broma. Formio XXVI no está más que en la imaginación de sus súbditos.

—¿Re-Gran-Hormigón!—exclamé—y usted dispense, pues entonces, ¿qué viene esto?

—En seguida lo comprenderá usted todo. A la muerte del invicto Formio XVII, que fué el último rey efectivo, pretendió el trono, á falta de sucesión directa del muerto, una hormiga influyente, jefe de una numerosa familia. El resto del mundo se opuso á la pretensión pidiendo que el soberano se eligiera por mayoría, y con tal motivo se encendió una guerra que duró más de sesenta horas. Perrieron en distintos combates las mejores hormigas, se suspendió, como era natural, el acarreo de comestibles, nos amenazó el hambre, y, en fin, si aquello dura dos horas más, á estas fechas no lo estaría yo contando. Entonces una hormiga sensata pidió reunión del consejo general, y allí, después de una discusión luminosa, caímos todos en la cuenta de que el jefe no dirigía nada y que para los efectos de la ostentación y de la disciplina bastaba con suponer que le teníamos. Antiguamente el jefe del Estado distraía de sus ocupaciones una porción de hormigas que tenían que dedicarse exclusivamente á la custodia de su persona, y otra porción encargada de cazar dos moscas diarias que servían á S. M. de alimento. Esta operación era difícilísima y constituía una penosa obligación para todos los hormigueros del mundo, porque, en primer lugar, no siempre hay moscas, y en segundo, aunque las haya, cuesta mucho trabajo pillarlas. Así, pues, se acordó la proclamación del trono puramente ideal, y le ocupó inmediatamente el gran Formio XVIII, que fué el primer rey de la clase de imaginarios.

—Y que sería eterno.

—No tal, porque cuando se calculó que había vivido bastante, para mayor verosimilitud, se le dió por muerto y ocupó su lugar Formio XIX, y así sucesivamente, sin más trabajo que el de correr la numeración, hemos llegado al actual, cuya vida conserve el Gran Hormigón muchos años.

—Los que ustedes quieran.

—Es una fórmula.

—Pero, oiga usted, á consecuencia de eso habrá habido grandes alteraciones en la administración, en las costumbres....

—Nada de eso. Por lo menos nosotros no hemos notado nada; seguimos exactamente lo mismo y.... nos ahorramos las dos moscas.

## CAPITULO V

### LAS HORMIGAS DE LA CÁSCARA AMARGA



ERMINÓ la visita, y no ha de negar, porque no quiero negar nada, que me causó una impresión dolorosa. Al traspujar los umbrales y saludar á aquellos guardias que cumplían su obligación tan á conciencia, llevaba yo merida allí dentro la punzante espina del escepticismo.

Si tal aprecio hacían aquellos miserables insectos de las más venerables instituciones, ¿qué sociedad era aquella! ¿Dónde iban á parar! Es decir, ¿dónde fuimos á parar! Siguiendo este orden de ideas en progresión ascendente, me entró una comexón justificada de conocer el fondo de la leyenda del Hormigón Blanco, cuyo solo nombre hacía alzar la pata á todos los creyentes, y que, según se iban poniendo las cosas, podía muy bien resultar otro esfuerzo de imaginación como Formio XXVI, que mil años viva, como decía irónicamente el maleante secretario.

De ser así, resuelto estaba á suicidarme con el primer pedazo de tierra que pesara lo suficiente, porque ¿qué es una hormiga sin creencias y sin ideales? Nada; un átomo insignificante, un montoncito de materia vil y esquerosa.

Por temor á abusar de la amabilidad de mi acompañante no le pedí en aquel momento que me presentase al sacerdote que con tal energía había pedido mi muerte pocas horas antes; pero resolví hacerlo en la primera ocasión. No sólo de cebada vive la hormiga; necesita también alimentar su fe de vez en cuando, y para esto procuraría yo que me iniciaran en aquellos misterios, que me pusieran en antecedentes y, en fin, que no dejaran mi espíritu en las tinieblas en que se encontraba.

Tales eran mis pensamientos cuando, al llegar á una encrucijada, el secretario me indicó el agujero donde vivía con los demás representantes de la justicia, y me dió las señas del que me había sido destinado. Nos saludamos, pues, atentamente rozando las antenas, ofrecíle aprovechar sus enseñanzas y emprendí la marcha hacia mi cueva.

Aquello era un verdadero laberinto. Las galerías se ramiñaban infinitamente, á cada paso había encrucijadas, sinuosidades, boquetes.... en fin, que se perdía uno.

Detívenme perplejo en un punto del que arrancaban tres caminos exactamente iguales. Y entre si el secretario me ha dicho que el de la derecha ó me ha dicho que el de la izquierda, acabé por sumergirme en un mar de confusiones.

En él estaba cuando sentí un ligero golpecito en el dorso. ¡Volví la cabeza y me encontré con una hormiga tétrica y misteriosa que me miraba fijamente.

—¿Qué se le ofrece á usted?—pregunté al cabo de un buen rato, más muerto que vivo, y en vista de que mi nuevo compañero no abría la boca.

—¿Es usted el que ha llegado esta mañana no se sabe de dónde?

—Servidor de usted; pero sí se sabe de dónde.

Volvió á mirarme con más fijeza todavía, me dió otro golpecito, y se apartó rápidamente. Recorrió toda la galería, se asomó á todos los agujeros, escuchó todos los rincones y volvió á mí lado, diciéndome sigilosamente:

—Tenemos que hablar.  
—Hablemos.  
—No, aquí no puede pasar cualquiera y sorprender nuestra conversación. Sígame usted.  
—Si es grave lo que tiene usted que decirme....  
—Gravísimo.

—Entonces, no tengo inconveniente. Si pudiera venir indicarme antes algo.... No es por desconfianza, ¿sabe usted pero....  
—¡Christ! Aquí al lado nos reunimos unos cuantos amigos, y se trata de saber si usted puede y quiera ser de los nuestros....  
Se me cayó el alma a las patas. ¡Unos cuantos amigos! Se trataba de una casa de juego indudablemente.... Pero ¿qué y cómo jugaban aquellos bichos? Empeñó a espolearme la curiosidad, y le contesté desveladamente:

—Vamos donde usted quiera.  
Dimos la vuelta a la esquina y penetramos, no sin precauciones, en una habitación pequeña, como de tres cuerpos de hormiga en cuadro. La recorrió con la vista. No había nadie.

—Pues señor—pensé,—aquí hasta los vicios son imaginarios.  
La hormiga misteriosa me admiró el pensamiento.  
—Se extraña usted de no ver a los amigos, ¿verdad?—me dijo.  
—Efectivamente.  
—No están aquí: están en el cuartito de al lado, cuya puerta no ve usted ahora porque está herméticamente tapada con un canto. En este país de tiranía todas las precauciones son pocas. Ahora le presentaré a usted; pero antes necesito hacerle dos preguntas.

—Vengan.  
—¿Usted está contento con su suerte?  
—¡No!  
—¿Está usted resuelto a todo, hasta al sacrificio si preciso fuere, para asegurar la tranquilidad de sus compañeros y la suya propia?  
—¡A todo!

—Pues va usted a tener la honra de entrar en nuestra compañía. Aquí no preguntamos quién es el nuevo adepto ni de dónde viene: nos basta con que parezca hormiga enérgica y de valor. Yo le he visto a usted esta mañana ante el tribunal, y me han pasmado su sangre fría y su prodigiosa facilidad para inventar historias. Usted nos hace falta. Le advierto que será usted sometido a algunas pruebas un poco duras, pero usted debe sufrirlas estoicamente y callar a todo. Si no abre usted la boca, será usted considerado digno de formar parte de nuestra sociedad. Prepárese usted.

Y dicho esto dió tres golpecitos con la pata en el canto. En seguida se oyeron por la parte interior otros tres golpecitos. Mi compañero esperó un rato y dió dos y repique. De dentro contestaron con un repique solo. ¡Aquello era solemne!

Desapareció el lapicín sin que se supiera quién le había quitado, que en eso estaba la gracia precisamente, y quedó el boquete libre. Cuando entramos había hasta una docena de hormigas, todas ágiles y silenciosas. Mi introductor fué rozando con una antena la cabeza de los congregados. No se movió nadie. De pronto los trece dieron una volcada de las que los hombres llaman carneras y quedaron con las patas hacia arriba. Así permanecieron un buen rato. Por fin la primera se levantó trabajosamente, me cogió en andas y volandas por la mitad del cuerpo y me dejó caer de golpe sobre las extremidades del primer individuo de la derecha. Este me lanzó bruscamente sobre las del segundo, y así sucesivamente. Se conoce que la primera prueba consistía en tomarle a uno por pelota.

Acabadas las volteretas sin dar un chillido ni pronunciar una palabra, me hicieron colocar en el centro de la habitación, se adelantaron ocho hormigas, me agarraron con los tentáculos por las patas y las antenas, y a una señal apretaron todas de firme. Por obra y gracia del Gran Hormigón no se lo llevó todo la trampa, porque por poco suelto un taco redondo y no hubiéramos pasado adelante. Pero como se me había advertido que había que callar, callé y no creo que pase ninguna pica en Plankton.

Por fin me soltaron aquellas tenazas y formaron un círculo a mi alrededor. La hormiga que me había llevado allí avanzó con majestad y dejó un hermosísimo grano de trigo al alcance de mi boca.

Comprendí afortunadamente en seguida que se trataba de probar si yo sería capaz de resistir el soborno, y me guardé bien de tocar el grano. Aquello ya era lo último. Los trece ciudadanos levantaron a una las primeras patas de la izquierda, y gritaron a compás, lentamente y marcando mucho las sílabas:

—¡Bien venido! ¡Bien venido!  
Ya era hora, porque yo estaba hasta los ojos de zarandeo y fórmulas misteriosas. Era, pues, uno de tantos. Pero ¿qué era? Porque ya se me había borrado de la imaginación la idea de la casa de juego. Allí se trataba de otra cosa. ¿Qué cosa era ésta?

No pudiendo aguantar más el ansia de saberlo, me acerqué a él que me había llamado en la galería, y le dije al oído:

—Sapongo que aquí nos reunimos para algo.  
—Claro que sí.  
—¿Y se puede saber para qué nos reunimos?

Me cogió con los tentáculos por una antena y me llevó lentamente, y contando los pasos, a un rincón de la estancia, y allí me contestó poniendo las dos patas delanteras junto a la boca como para recoger la voz:

—Aquí se trata de derribar a Formio XXVI.  
Por poco se me saltan los ojos de asombro. ¡Derribar a Formio XXVI! Miré uno por uno a los doce conjurados, que seguían tan silenciosos como al principio, y por último, a mi interlocutor. Todos aguantaron la mirada con perfecta tranquilidad.

Entonces me tocó a mí hacer el movimiento característico de la ríen sardónica. Cogí al jefe de los conspiradores como él me había cogido a mí antes, y con mucha gravedad, y también contando los pasos, le llevé a otro rincón.

—Debo hacer a usted—le dije, recogiendo la voz de la misma manera—una revelación importante.

—¿Cuál?  
—¡Que el rey Formio XXVI no existe ni ha existido nunca!  
Tornó a echarme encima los tentáculos, me volvió con mucha suavidad patas arriba, aplicó la boca a mi oído y murmuró sigilosamente con cierto dejillo de sorna:

—Ya lo sabíamos.

## CAPITULO VI

## EL CANTO PELADO



ENTRÉ como un pícaro si dijera que había dormido con tranquilidad aquella noche. Porque hay que advertir que cada hormiga de estas cuando bien le parece, paseadas las horas de trabajo, pero a mí me arrastraba todavía la costumbre de la coleccionista humana, y me retiré de aquella reunión de conspiradores a las once y media, en que me hubiera retirado de una tertulia.

Me recibieron mis compañeros—el cuarto con cierta desconfianza oficial de temor, con que comprendí en seguida, puesto que yo estaba oficialmente declarado loco, y nadie vive con un loco tranquilamente.

Como iba diciendo, pasó una noche bastante agitada, y el caso no era para menos. La transformación súbita, al arriba al hormiguero, la prisión, aquel rey ideal, aquellos conjurados misteriosos empeñados en derribar un truco que no había.... ¡buen batiborrillo de ideas se me armó en el cerebro!

La conspiración en que había entrado sin querer era lo que más me entienda. Sólo tiene una explicación: el afán instintivo de todas las castas a oponerse a todo lo que huele a autoridad. Pero aquella era el colmo. ¡Conspirar imaginariamente contra un poder imaginario! Verdad que en eso estaba el toque de la gracia, porque si el tal Formio fuera una hormiga viva y tangible, la cosa no tendría nada de particular.

Cuando desperté, sin darme cuenta perfecta de mi estado, alargué una pata como para coger el cordón de la campanilla y grité al mismo tiempo:

—¡Ramona, el chocolate! (Ramona era mi ama de llaves en Villapomar).

Abri los ojos, y entonces caí en la equivocación. Me rodeaban unas cuantas hormigas que al oír mi voz se separaron más que de prisa murmurando:

—¡Loco perdido!

.....  
¡Loco! En verdad que aquello de la locura iba a ser causa de que yo fuera desgraciado el resto de mi vida. Necesitaba, pues, borrar por completo el recuerdo de mi pasado, identificarme con mi nueva personalidad (y perdonen ustedes la palabra tratándose de una miserable hormiga) y vivir en paz con mis semejantes.

—Dispensad—dije cariñosamente a mis compañeros,—esto ha sido el último destello de la razón trastornada. Ya no estoy loco, pero comprendo que lo estuve. Haced el favor de indicarme el sitio en que podré encontrar ahora al respetable sacerdote que ayer quería hacerme pedazos, para humillarme respetuosamente ante él y pedirle el bálsamo de la gracia....

—¿Qué es eso de la gracia?—interrumpió el más atrevido.

—¡Ah! Es verdad que aquí no se llamará así eso. Quería decir que deseo ardientemente.... ¡y vamos! hablar con alguien que me restituya a la religión de nuestros mayores, digo, de mis mayores, de la cual no me ha quedado rastro en la memoria.

Todos se miraron unos a otros con aire de desconfianza. Por fin, el que había hablado antes se decidió a hacer la calaverada de aventurarse conmigo por el laberinto de las galerías, y exclamó:

—¡Sígueme!

Salimos al campo. El día estaba espléndido, y los obreros, en apretadas filas, trabajaban con verdadero entusiasmo. No lejos de la boca grande de la cueva, muéltamente reclinado sobre un pedrusco, estaba el sacerdote en cuestión. La enorme cabeza brillaba como un carbón encendido, reflejando en la tersa superficie los rayos del sol que caía.

El guía me dijo:  
—Allí le tienes. Si él no te cura la ceguera moral, ya puedes decir que no te la cura nadie.

Y se unió a los obreros.



Yo avancé resueltamente hasta ponerme dentro de la hormiga de quien esperaba la salvación. El sacerdote no se movió siquiera; estaba en éxtasis, mirando con profunda atención hacia un enorme canto rodado que rompía, allí lejos, la monotonía de la llanura. No tenía otra cosa de particular, ni había motivo para observarle con tal detenimiento. Sin embargo, el sacerdote no le quitaba ojo. En vista de lo cual me atreví a llamarle la atención dándole un golpecito. Se estremeció toda su cuerpo como si hubiera tenido necesidad de hacer un gran esfuerzo para contener la colera y siguió mirando al canto.

—Vamos—pensé,—esté dedicado a sus oraciones y habré cometido alguna inconveniencia al llamarla la atención irreverentemente. ¡A ver si me detinan la cabeza por eso!

Y decidí esperar. Pasó mucho tiempo, no sé cuánto, hasta que con paso grave y mesurado se acercó á nosotros otro sacerdote (esto es una suposición mía), dijo unas palabras al del éxtasis y se puso también á mirar hacia el canto. Entonces el que primero ocupaba el pedrusco sagrado se dignó acercarse á mí con algunas de rabia en los ojos y decirme destempladamente suenándose una pata:

—Miserable! ¿Qué has hecho?

—Aborrecíme.

—Pero además, ¿no sabes que has cometido un sacrilegio al tocar mi sagrado cuerpo mientras yo cumplía el más alto, el más difícil de los deberes de mi ministerio?

—(¿Anda saleros!—vuelvo á pensar.—Ya está aquí la de la decapitación.) Perdonadme—añadió en voz alta,—para evitar en lo sucesivo esas y otras faltas es por lo que he venido.

Y le expliqué mis deseos detalladamente. Tal mañana me di que acabó por creer todas mis mentiras. Le dije que, efectivamente, había estado loco: que como consecuencia de mi enfermedad había perdido completamente la memoria, y que no sabía una palabra de lo que pasaba en el mundo. Dijo, además, que como buena hormiga que era, todo mi afán se reducía, al volver á la razón, á enterarme primeramente de los asuntos religiosos, sin los cuales, á mi entender, no podría dar un paso, y que le había escogido á él, noticioso de su sabiduría, para que tuviera á bien sacarme del atolladero.

Esta preferencia debió de halagarle no poco, porque puso una cara más agradable y me dijo, casi afectuosamente:

—Celebro tu elección, porque entre mis compañeros hay muchos torpes y no pocos maliciosos que te echarían á perder ó no podrían explicarte con brevedad punto tan delicado. Yo, sin que esto sea alabarme, soy el único que conserva para la tradición y puedo enseñarte mucho en poco tiempo.

—Si á usted le es lo mismo, iré haciendo las preguntas que se me ocurran, y así acabaremos más pronto.

—Corriente, y de paso podemos ir acercándonos al granero, donde tengo que recoger el fruto de mi trabajo del día.

—¿Qué trabajo?

—Ese que acabas de ver.

—¿El de mirar al canto pelado?

—Justamente.

—¿Qué representa ese canto?

—No representa nada. Es realmente el sitio donde reside y residirá eternamente el Gran Hormigón.

—¿Quién es el Gran Hormigón?

—El que ha hecho el mundo.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Se sabe por datos irrefutables que un día, ya hace mucho tiempo, el Gran Hormigón no tenía nada que hacer y creó el reino de Formio, le rodeó de agua, y después nos puso en él á nosotros.

—¿Por qué?

—Pues... por el gusto de ponernos. En sus designios no podemos penetrar ni siquiera las hormigas ilustradas.

—Pero ¿y no hizo nada más que esto? ¿Está usted persuadido de que no hay más cosas del lado allá del agua?

—Completamente. ¿Para qué las había de haber! Todo lo existente ha sido creado para prestar alguna utilidad á las hormigas, que son, como salta á la vista, los seres privilegiados de la creación. Es así que lo que pudiera existir más allá no nos serviría para nada; luego más allá no hay nada.

—Convencido. ¿Y de dónde han sacado ustedes que el Gran Hormigón reside en el canto pelado?

—De la tradición. Además, la cumbre de ese canto es inaccesible para todas las criaturas, lo que prueba que el Hacedor ha querido aislarse. Se han hecho muchas tentativas por algunos herejes incrédulos, pero está la superficie tan lisa que no hay quien se sostenga.

—¿Y por qué miraba usted hacia él?

—Porque ésa es la misión de mi casta. Desde tiempo inmemorial un sacerdote de cada hormiguero vigila incesantemente la cumbre de ese canto, por cuya razón nos relevamos cada cuarto de hora, y no podemos mirar á otra parte, suceda lo que quiera.

—¿Con qué objeto?

—En primer lugar, por si se le ofrece algo, y en segundo, porque la aparición de él en la cima indicará que se aproxima el fin del mundo.

—¿Eso ya es otra cosa!

—Mientras él no aparezca, no ha llegado nuestra última hora; en cuanto él asome sus grandes antenas blancas, el mundo desaparecerá para siempre.

En esto habíamos llegado al agujero y empezábamos á caminar á oscuras. Yo sentía grandes deseos de decir la verdad y desengañar á aquel miserable insecto que tomaba por sublime grandeza su pequeñez insignificante pero, por fortuna, me contuve y no eché á perder lo que llevaba adelantado.

—Por último—le dije,—si nadie ha visto nunca al Gran Hormigón, ¿cómo se ha logrado saber que es blanco?

—Porque tiempos atrás andaban divididas las opiniones de los sacerdotes. Unos decían que era blanco, otros que era negro... Cada cual defendía sus teorías, se enardecieron los ánimos y brotó la chispa de la guerra. Una guerra puramente religiosa, en que se sacrificaron millares de hormigas. Al fin triunfaron los blancos y quedó probado que ése era, y no otro, el color del ser á quien debemos la existencia.

Habo una pata. Ya estaba casi loco de verdad.

—Vamos á ver—me adelanté á objetar á mi interlocutor cuan-



do llegamos á la puerta del granero,—y si hubieran triunfado los que decían que era negro?

—Adoráramos al Hormigón Negro.

—¿De modo que usted cree que el color del Gran Hormigón depende de la fuerza de las hormigas?

—Quejódese el sabio pensativo, como aplastado por el peso de mi razonamiento; pero á poco se irguió con altivez, me miró con desprecio y exclamó como si estuviera plenamente convencido de lo que decía:

—Sin duda el Criador es blanco, porque si fuera negro no hubiera permitido, en su alta sabiduría, que triunfaran los que estaban en el error.

Me pegó á la pared. Vagitando con orgullo sus tentáculos, se metió en el granero lenta y majestuosamente.

## CAPÍTULO VII

EN QUE SE DEMUESTRA QUE LAS HORMIGAS TIENEN UN CORAZÓN COMPASIVO Y PRACTICAN LA CARIDAD COMO LAS PERSONAS MAYORES



CABABA de llegar un correo; uno de los más hermosos ejemplares de la clase. Era una hormiga delgada de cuerpo, larga de patas, esbelta y ágil como la que más y que parecía creada expresamente por el Hormigón Blanco para las grandes caminatas. Para ella los granos de arena, que venían á ser como rocas de regular tamaño, eran obstáculos insignificantes. Más que correr, volaba por los terrenos pedregosos.

Cuando yo era hombre había visto algunas veces cruzar entre las hormigas vulgares, perezosas y cachazudas, estos correos que van y vienen por los sacros con velocidad maravillosa, y así me había fijado en ellas como ahora llueven saltamontes.

Pero entonces, la llegada de aquel emisario, forastero en el hormiguero central, tenía para mí, como para todos los demás, grandísima importancia. Venía jadeante, lleno de polvo y con el terror pintado en el semblante. A dos pasos se conocía que las noticias de que era portador no podían ser buenas.

Se suspendieron los trabajos, salieron precipitadamente los que estaban en las covachas, y una multitud ansiosa rodeó al mensajero, que apenas podía respirar de emoción y fatiga.

—¿De dónde vienes!—le preguntó la vieja de marras, que, por lo visto, estaba en todas partes.

—De la costa Sur.

—¡Tentáculo! (1) ¡De la costa Sur! ¿Como quien dice del fin del mundo!

—¿Algo grave pasa!

—Y tan grave!

—¿Qué es?

—Dejadme que me tranquilice un poco.

El maldito peatón aquel quería consumirnos la paciencia, dándose tono con las noticias que traía.

Por fin un alma caritativa le regaló una hojita verde para que chupara el jugo, y calmado con este refrigerio, exclamó con entonación trágica:

—¡Hay inundación!

—¡Tentáculo otra vez! ¿Dónde?

—En los hormigueros 11 y 13, que son los que están situados en la parte baja.

—¿Ha habido desgracias?

—Muchas. Todavía no se puede fijar el número con seguridad, pero se calcula que la cuarta parte de la población ha ido á rendir cuentas á la cumbre del canto pelado.

Silencio sepulcral. La noticia de una catástrofe, así de sopetón, aplana á cualquiera.

—Castigo del Gran Hormigón. Se habría entibiado en ellos la fe religiosa...—dijo aprovechando el estupor el sacerdote á quien yo debía mis escasos conocimientos en la materia.

—¡Protesto!—le interrumpió el correo briosamente.—Del 11 no sé nada, porque no soy de allí, pero por el 13 pongo la antena derecha contra dos cabezas de mosquito. Precisamente diez horas antes de la desgracia habíamos regalado á nuestros sacerdotes veintitres granos de cebada y un abejorro que daba gusto verle.

—Es que pudiera suceder que la cólera del Gran Hormigón fuera tal que no se aplacara con menos de dos abejorros.

—Déjese usted de cuentos—dijo á esta sazón el secretario escéptico.—La causa del accidente la ha explicado ya este distinguido correo, y no ha sido otra que el haber cometido la imprudencia de abrir los agujeros en la parte baja de la costa. Conque denos estos detalles.

—Pues nada. El agua se echó encima tan de improviso que cuando quisieron recordár habla llegado hasta el granero, arrastrando á todos los que encontró en las galerías. Se hicieron esfuerzos para salvar algo, pero fueron inútiles, porque en esta ocasión no ha sucedido lo que otras veces. No ha sido una inundación pasajera, que se acaba en cuanto el agua se empapa en la tierra, y todo se reduce á una mojadura sin consecuencias lamentables. Ahora el nivel se conserva á la misma altura, los hormigueros han desaparecido entre las olas para siempre y allí han quedado las crías, los viejos y los que no han podido ganar tierra firme.

—Oh, desolación!

—Pero no es esto todavía lo más horroroso.

—¿Viene avanzando el agua?—culló la muchedumbre con verdadero espanto.

—No.

—¡Ah! (Este ¡ah! se escapó de todas las bocas con satisfacción egoísta.)

—Lo más horroroso es que hay más de seiscientos hormigas que se mueren de hambre. Ya se han comido toda la hierba de los alrededores, que sabe á demonios, se han agotado las limosnas de los hormigueros más próximos y... ya no se puede más. Los correos hemos salido á dar el aviso á todas partes y á pedir socorros con urgencia... ¡Compañeros! Aquí os sobran provisiones, allí desfallecen... ¿Qué haréis?

(1) Expresión muy usual, equivalente á «cuerno».

—¡Qué haremos!—gritó con ardiente entusiasmo una hormiga joven, apoyando las patas delanteras en el secretario.—¡Lo que harán seguramente todos los hormigueros del mundo! Apartar ahora mismo todas las provisiones sobrantes, cargar con ellas y llevarlas a nuestros hermanos!

El orador, al apesarse, fué aclamado unánimemente. Los más fogosos iban ya á asaltar el granero, cuando una voz grave, que salía de un hormigón reposado y sesudo, á quien respetábamos todos sin saber por qué, los detuvo diciendo:

—¡Calmal! ¡Prudencia! ¡No hay que atolondrarse! En estos casos el barullo perjudica extraordinariamente y hace estériles los mejores propósitos. Claro está que debemos socorrer á las víctimas, pero con orden, con método, sin aturdimiento ni embrollos. Sepamos primero cuántos y quiénes son los perjudicados y en qué grado lo es cada cual; reunamos en un fondo común todos los donativos, calculemos la cantidad que puede y debe repartirse, y conocido, pesado y medido todo esto concienzudamente, tendremos probabilidades de hacer la distribución de socorros con arreglo á la más estricta justicia.

Rumores de aprobación. Cujó la idea y allí mismo se nombró la comisión que había de correr con todo. Se componía de cuarenta hormigas que eligieron, como es natural, presidente al individuo grave y concienzudo que acababa de dirigirnos la arenga.

La junta se constituyó en seguida en el salón de consejos, con el carácter de permanente, porque la cosa urgía.

—Compañeros—dijo entonces el concienzudo,—la tarea que nos ha sido encomendada no puede ser más difícil. Es preciso dedicar á ella toda nuestra actividad, toda nuestra energía, todos nuestros esfuerzos. Necesitamos examinar detenidamente los hechos, pesar las consecuencias del accidente y aplicar el remedio con absoluta imparcialidad. (Al llegar aquí dió un mordisco á un grano de avena que acababa de llevar una hormiga sensible.) Se hace, pues, necesario, se hace imprescindible que desatendamos, que olvidemos, que abandonemos nuestras ocupaciones. El socorro de los infelices que no comen exige de nosotros todo género de sacrificios. Pero ¡ah! cuando compañeros (otro mordisco), la hormiga es vil materia también y nosotros somos hormigas. No puedo decir que, si bien podemos prescindir de nuestros trabajos habituales, no podemos prescindir de comer.

—Ya lo hemos visto—murmuró un guasón, aludiendo indudablemente á lo del grano de avena.

—Pues bien, siendo ésta una necesidad ineludible, debemos tener en cuenta que la vida es relativamente corta, y que si nosotros muriéramos por falta de alimento sin haber dado cima á nuestra delicada misión, centenares de infelices se quedarían sin el auxilio que reclaman. Propongo, pues, que nos asignemos la cantidad necesaria para no sucumbir de debilidad. ¿Se aprueba la proposición?

Fuó aprobada por unanimidad, y los comisionados quedaron en repararse dos granos diarios por cabeza.

En seguida empezaron los trabajos preparatorios.

¡V poquito intringulis que traía la cosa! Hubo que despachar correos á los hormigueros restantes, á dar cuenta del acuerdo y nombrar comisionados de confianza; hubo que ir á los perjudicados y estudiar las peticiones en que apoyaban las respectivas reclamaciones; hubo que esperar la llegada de los donativos, que vinieron lentamente y bastante mermados, porque algo se pierde siempre en los transportes; habo... en fin, al cabo de quince días de faena incansante, idas y venidas, consultas y averiguaciones, la junta central dió por terminado su cometido, y el concienzudo anunció á la muchedumbre el resultado, que no podía ser más satisfactorio.

Las cuentas, sometidas á la aprobación del concurso, estaban tan claras que podría entenderlas sin dificultad una hormiga acabada de salir del huevo. Hélas aquí:

Donativos recibidos de los quince hormigueros no inundados. . . . .	Granos	1.201
Alimentación de los cuarenta comisionados durante quince días de trabajos, á razón de dos granos por comisionado y por día. . . . .	Granos	1.200
Quedaban, pues, en el almacén á favor de las víctimas. . . . .	Granos	1

V considerando que la cantidad era exigua con relación al número de necesitados, se acordó que fuese ofrecida en holocausto al Gran Hormigón, por lo cual tomó posesión de ella, con toda solemnidad, el sacerdote de la cabeza reliciente.

CAPITULO VIII

EL ARTE DE LA GUERRA

Nadie sabía nada concreto, pero saturaban el aire las malignas evasivas de la rabia precursora del combate. Hay algo, en esos momentos, flotando sobre las cabezas de la multitud, que brota de lo desconocido, que arrastra todas las voluntades, que enciende los ánimos, que ofusca las inteligencias, que infunde ansia de pelear á instintos de manada. ¿Qué varita mágica lo hace surgir en los períodos de tranquilidad? ¡Vaya usted á saberlo!

Pues sí, tenía razón el que me dió la noticia. Habíamos declarado la guerra. El hormiguero goraba con se entusiasma y no se oían más que



vivas. Los más cobardes estaban dispuestos á todo con tal de salvar la honra y el trozo, dos cosas que, por lo visto, nos importaban grandemente.

Yo, sin embargo, que por circunstancias especiales no estaba empapado en amor patrio hasta el punto de sacrificarme en sus aras, me atreví á decir al ciudadano más próximo:

—Dígame usted, en esta campaña que vamos á emprender, según parece, ¿se trata únicamente de defender al rey?

—De eso se trata.

—¡Pero usted está en el secreto!

—En cuál?

—En el de que el rey no existe.

—¿Pues no he de estar!

—Entonces, puesto que nos ha entrado este coraje repentino y tenemos que desahogarnos de alguna manera, ¿no sería la mejor, para evitar desgracias, suponer que Formio XXVI había sido vencido y muerto en la primera batalla, y sustituirle con Formio XXVII, sin más requilobos?

¡Cielos livinos! ¿Qué cara puso mi interlocutor entonces! Pero se contentó con decirme de mala manera:

—¡Es usted un miserable que no tiene idea del honor nacional!

Comprendí, pues, que mi vida corría peligro si me oponía á la corriente, y empecé á entusiasmarme y á dar vivas. . . . .

Hé aquí los antecedentes de la cuestión.

Dos escarabajos peloteros, con perdón sea dicho, gente asquerosa y poco aseada de por sí, habían tenido por conveniente establecerse, en uso de su perfecto derecho, entre los hormigueros 7 y 8, distantes del canto pelado cuatro y cinco vuelos de mosca respectivamente.

El hecho de la ocupación no envolvía un ataque á la integridad de nuestro territorio ni un insulto á nuestras banderas, pero ¡ay! la carne de escarabajo es un manjar apetitoso, y no faltó en los hormigueros cercanos quien pretendiera hincarle el diente.

Se formó un expediente con una porción de capítulos de cargo. Tal hormiga se quejó de que uno de los bichos le había dirigido al pasar una mirada de desprecio, tal otra de que los invasores la habían atropellado aposta con la bola inmunda que conducían al agujero. . . . en fin, que todo aquello ofendía á la colectividad de un modo insaguntable.

Entabláronse, pro fórmula, las negociaciones diplomáticas. Los enemigos dieron todo género de explicaciones, pero no se trataba de eso. Nosotros queríamos comernos un escarabajo pacíficamente, á guisa de indemnización, y no nos contentábamos con menos.

Tanto apretaron nuestros emisarios y se pusieron tan insolentes, que los infelices peloteros acabaron por echarlos con cajas destempladas, diciendo que, puesto que se les imponía la muerte en desagravio. . . . matando morirían! Esta respuesta heroica, que debía grabarse en granos de arena, era la causa de la rápida movilización militar á que yo tenía que obedecer.

Y aquí empezaba el compromiso.

Hecho el recuento, resultó que había mil doscientos cincuenta y seis hormigas en disposición de tomar las armas. De este número había que descontar, como es de suponer, un general en jefe, siete generales más por sí se desgraciaba el primero, treinta y cuatro individuos de estado mayor, escuola y ordenanza, setenta y nueve jefes y doscientos veinticinco oficiales subalternos. Quedaban, pues, novecientos diez soldados mondos y li-rondos; contingente muy respetable para la insignificancia del enemigo.

Pero no se puede pelear sin comer: era preciso distraer del cuerpo de tropas los individuos necesarios para el acarreo de víveres, y claro está que el número de bagajeros había de guardar proporción con la distancia que hubiera que recorrer y con la duración de la guerra.

El concienzudo, aquel de los socorros á los inundados, que era jefe de estado mayor, se encargó de tan peliaguda cuestión matemática. Calculó exactamente la extensión del terreno, el alimento necesario para cada hormiga, la probable resistencia del enemigo, las contingencias todas que pudieran sobrevenir, y declaró solemnemente que no quedaban disponibles para la lucha más que cuatro soldados.

Dejóse á la suerte el cuidado de designar los cuatro sujetos destinados á vengar el honor nacional, y lo fulamos, ¡ah, hados! el secretario escéptico, el jefe de la conspiración misteriosa, un tuerto y yo.

•••

¡Solenne fué el momento de abandonar el hormiguero central para buscar al enemigo!

Los rayos del sol parecían recrearse en la arena aquel día memorable; se apiñaba la multitud junto al sendero para presenciar el desfile, y atronaban el espacio los gritos de venganza, las voces de mando y los angustiados ayes de las amadoras. ¡Tal vez salíamos para no volver!

Rompíamos la marcha los cuatro combatientes, altas las cabezas, enfilados los tentáculos, conmoviéndonos marcialmente y mirando con protectora altivez á las hormigas jóvenes que nos victoreaban al paso, como diríendoles:

—Nos habéis confiado vuestra honra. . . . ¡La lavaremos!

Venia detrás la primera fila de bagajeros que traía los granos para nosotros, luego la segunda fila con los granos de la primera, en seguida la tercera con los de la segunda y así sucesivamente. . . . ¡Tal era el plan grandioso y complicado del conde Formio! Cerraba el desfile el brillantísimo y numeroso estado mayor, con el general en jefe á la cabeza. . . . y era de ver el espectáculo de la interminable procesión de hormigas alineadas con precisión, avanzando con terrible serenidad por las varedas tortuosas, bajo un sol que arrojaba chispas de los brillantes coqueletes y hacía resaltar junto á las calientes negras los dorados reflejos de los granos de trigo.

¡Con esta y con que nos batieramos bien, podían echarse á temblar los escarabajos! . . . . .

Allí estaban, parapetados tras una trinchera de inmundicia, mirándonos con rabia y dispuestos á vender caras sus caparrazones. Hizo alto el ejército, llegaron dos ayudantes, de orden del general, á participarnos que debíamos atacar los flancos por la derecha el conspirador y el secretario, por la izquierda yo y el tuerto.

¡Qué! ¿se atrá la impudencia, más atrá toloca el estado mayor, se

retiraron a prudente distancia los trescientos cuatro jefes que debían presentarse de cerca las operaciones, y avanzamos los de la primera fila hacia el montón de estiércol.

Y cómo tardé entonces de mi exagerado amor a la ciencia! Pensar que en otros tiempos hubiera yo podido aplastar de un pisotón aquellos asquerosos insectos, y entonces se me pujan enfrente gigantescos, enormes, dispuestos a zambullirse entre las patas!

Empezamos, cada pareja por un lado, a trepar trabajosamente. Los de arriba nos tiraban pedacitos de barro y nos llamaban perrerías al mismo tiempo. Llegamos por fin. Iba a empezar la lucha, la terrible lucha cuerpo a cuerpo. El escarabajo alzó una pata para empujarme o aplastarme si tal pudiera; rápido como el pensamiento recibí el golpe a pie firme entre los dos testículos y apreté de pronto. El enemigo agitó la pata convulsivamente, pero me arrastró consigo detrás de la trinchera. Protegiéndome el golpe el viento, que era perpendicular como el sol, se agarró a otra pata, amenazando sin piedad. Esa era nuestra táctica: el pelotero empezó la suya. Se revolvió, se llenó de tierra, frotó las extremidades contra el suelo, le golpeó con ellas.... Paróse de pronto, como declarándose vencido, para que nosotros, engañados con su actitud, hiciéramos caer la presión al avanzar sobre su cuerpo, y sacudirse entonces violentamente y arrojarlo a gran distancia.

Entonces, gracias a que yo conservaba la inteligencia humana, se me ocurrió un golpe de astucia, que pensé poner en práctica inmediatamente.

Entretanto, en el ala derecha las cosas se habían puesto de otro modo. Apenas el secretario y el conspirador se lanzaron sobre el pelotero, éste, haciendo un violento esfuerzo, abandonó la trinchera y huyó, llevándose un enemigo en cada pata. Más robusto, sin duda, que el que nos había tocado en suerte, cayendo, revolviendo, arrastrándose con un vigor extraordinario, se perdió en la distancia. Llegó a la acequia, se chapuzó en el agua, dejó allí a los dos infelices y.... no se ha vuelto a saber más de ellos.

¡Mártires de la independencia! ¡Formio XXVI no os pagará nunca vuestro heroico sacrificio!

En el ala izquierda seguía forcejeando el muerto sin adelantar ni perder un ápice, mientras yo, dejando a mi compañero el cuidado de entretener al escarabajo, subí hasta su cuerpo pasadamente, busqué las junturas del esqueleto, y dedicando un recuerdo a Sevilla, otro a mi mujer y otro a mis libros.... ¡zas! me zambullí en la masa pulposa de la cabeza, y apreté de firme. El enemigo quedó muerto instantáneamente. ¡Habíamos vencido!

En seguida se aproximó el resto del ejército, el estado mayor rodeó el cadáver, y todos los oficiales se apresuraron a felicitar al general en jefe. Este repartió los despojos entre sus ayudantes, que los devoraron allí mismo, y se dió el orden de retorno.

Entramos en el hormiguero central entonando himnos de victoria, entre las aclamaciones de la muchedumbre, pero hambrientos y desmadrados. Los dos muertos allí quedaron, flotando sobre las aguas de la acequia y sin que nadie los echara de menos.

Al día siguiente hubo que trabajar con doble aliento. Porque en aquellas horas de campaña se habían consumido mil doscientos cincuenta y seis granos de trigo, y no había ni una hilacha comestible en los dominios del victorioso Formio XXVI.

## CAPITULO IX LA CATÁSTROFE.



POCOS días después de la conclusión de la campaña, empezó a circular una noticia verdaderamente estupenda.

Había aparecido por la costa Oeste un ser extraño, grandísimo, que se movía con rapidez extraordinaria, y que en breves instantes había recorrido el mundo, lanzando por la desmesurada boca extraños sonidos que llenaban el espacio y aplastándolo

todo bajo sus horribles patadas.

Según los que le habían visto cruzar, el monstruo tenía su cuerpo de incommensurable tamaño, sostenido por cuatro extremidades enormes y rematado en la parte posterior por un apéndice que agitaba con extraordinaria ligereza, y por el cual podrían pasarse holgadamente millones de hormigas.

Aseguraban unos que el animal, o lo que fuera, se había zambullido en el piélago sin fin de las aguas que cubrían el mundo, y que de ellas había vuelto a salir a poco rato, agitando su cuerpo con tal fuerza que produjo una abundante lluvia. Otros juraban que esta lluvia había brotado del cuerpo mismo del monstruo....

Reunieron apresuradamente los sacerdotes, y dieron su opinión autorizadísima.

Aquella aparición sobrenatural no podía significar más que una cosa: la cólera del Gran Hormigón, presagio seguro de nuevas y terribles calamidades. ¿Cómo se podría aplacar? Sólo de una manera sumamente sencilla. Absteniéndose de comer durante dos días y entregando el producto del trabajo a los sacerdotes.

Claro está que yo no podía conformarme con semejante decisión, y quise ver por mis propios ojos la causa de la alarma. Salí del hormiguero y subí a una cima cerueña.



de Villapomar se puso a ladrar desahogado.

El monstruo brincaba alegremente allá a lo lejos, importándole un ardite de la sensación que su presencia producía.

Y no era tal monstruo. Era el perro del alcalde.

Le conocía perfectamente de que me había tomado tierra, y en cuanto me encontraba en las calles

A fuerza de cavilaciones vine a deducir que el perro no podía venir solo, y sin saber por qué, se me metió en la cabeza que tenían razón los sabios y que nos amenazaba una gran desgracia.

No tardaron un verse confirmadas mis sospechas.

Detrás del perro surgieron tres espantables figuras, mucho más grandes y de proporciones distintas. Eran dos mulas y un hombre. Si venían a arar, nuestra salvación era imposible. Y que venían a arar lo demostraba claramente el hecho de que el mozo se apeó, descolgó su arado, quitóse la chaqueta, varió de posición el arado y empezó a dar martillazos para sujetar la reja con las cuñas correspondientes.

Aquellos martillazos acabaron de asustar a las hormigas, que corrían en todas direcciones, mirando espantadas al gigantesco grupo, y sin acertar a explicarse lo que significaba aquello.

Sin embargo, la idea de que se aproximaba la gran catástrofe fué corriendo rápidamente y.... volvieron a reunirse los sacerdotes.

Por un favor especial, y creyendo acaso que bien pudiera yo no estar tan loco como parecía, se me propuso tomar parte en las deliberaciones.

Entretanto la junta había empezado su tarea, y al trazar los primeros surcos, el cataclismo había alcanzado a los hormigueros 1, 3, 6, 9 y 15, que se habían desmoronado casi a la vez, aplastando con sus escombros a los desdichados habitantes.



Las hormigas sorprendidas al aire libre por la maldita aparición habían muerto envueltas entre verdaderas montañas de tierra que surgían como por encanto.

Expuse en la junta mi opinión. Dije a mis compañeros lo que aquello significaba, y les excité a buscar prontamente un medio de atravesar a nado la inmensidad de las aguas, en la seguridad de que al otro lado encontraríamos tierra firme, alimentos abundantes y mundos de hormigas iguales a nosotros.

Esta idea le echó a perder. Volvió a salir el tema de mi locura y, por último, el sacerdote, mi amigo, dió por terminado el debate con este silogismo:

—Lo que este desdichado predice es el fin del mundo. El mundo no puede acabarse, según la tradición, mientras el Hormigón Blanco no lo anuncie apareciendo en lo alto del canto pelado: es así que no ha aparecido todavía, luego el mundo no se concluye. Podemos, pues, aguardar con tranquilidad los acontecimientos.

Y así se acordó efectivamente.

Decidí, por lo tanto, prescindir de mis testarudos compañeros y buscar por mi cuenta el modo de salvarme.

Iba a jugar el todo por el todo. O moría pisoteado, o volvía a Villapomar a correr nuevas aventuras.... Cuando el labrador se acercaba cantando, todo mi cuerpo se estremeció de miedo.... Procuré serenarme; calculé con exactitud el lugar en que pondría el pie que le quedaba libre, y me colgué lo más cerca que pude.

¡Instante de suprema inquietud!

Llegó el ganán con una mano en la esteva y otra en la maroma de las riendas, el pie derecho sobre el estribo de la reja y el izquierdo en el aire.... Apenas apoyó éste fuertemente en tierra, salté sobre él haciendo un cafureo, trepé por el inmenso zapato y me escondí temblando de emoción detrás de una hebilla de los zajones.

¡Futaba salvado!

Todo se acabó. Al trazar el último surco se derrumbaron las últimas galerías subterráneas y murieron enterradas las hormigas, creyendo como cosa segura que con su vida terminaba también la vida del universo y que desde aquel instante ya no palparía nada, ni sucedería nada, ni habría nada más que la insondable eternidad del vacío.

Entretanto, el sol descendía majestuosamente sobre la línea del horizonte, tiraban los gorriónes en los escuetos árboles, retozaban las mozas junto a la fuente de la aldea, y el criado del alcalde volvía conmigo a Villapomar, silbando la jota, sentado a mujeriegas sobre una de las mulas, sin sospechar siquiera que no sólo había destruido un mundo, sino una colección abundante de inocentes majaderías.

## EPÍLOGO

Algunos puntos oscuros quedan en esta verídica historia.

Por ejemplo: las diferentes sustancias que entraron en la composición del baño donde se zambulló el protagonista, ¿cómo se combinaron unas con otras neutralizando sus efectos?

¿Cómo ha podido saber el bolicario de Sevilla lo que pasó a su amigo desde el momento en que se convirtió en hormiga? ¿Ha escrito y publicado sus memorias siendo tal hormiga? Y si no, ¿cómo ha logrado a su ser primitivo?

Confieso que no puedo dar explicación satisfactoria de estos hechos. Pero ¡hay tantos hechos que no tienen explicación satisfactoria!

Y algo hay que dejar en el aire para que sirva de tema de discusión a las Academias del porvenir, que seguramente han de ocuparse en cosas de menor importancia.

SINESIO DELGADO.